CAPITULO XXI

De la grande alegría llena de tristeza que tuvo el Poetilla y de su reencuentro con D. Quijote y su regreso á España.

Mientras D. Quijote recorría la Pensylvania con el Príncipe, maravillado de tantas grandezas y ufano de sus positivas conquistas, el Poetilla, que había estado todo ese tiempo ocupado en los asuntos que le llevaron á Méjico, buscó lleno de júbilo al caballero, para noticiarle su feliz resultado; cosa que le hizo no pensar en el Congreso latino-americano, ni en el éxito de su oda, ni en los relatos de la Prensa, ni en las fantasías y locuras de su señor.

Habíale sido adjudicada la rica herencia de sus lejanos parientes, que reclamaba, y veíase de la noche á la mañana convertido de pastor en millonario; y como la lechera con el cántaro sobre la cabeza, saltaba de alegría pensando que con aquella fortuna dejaría los campos manchegos y compraría hermosas fincas de pan llevar, y levantaría un grande y soberbio palacio, y entonces obtendría la mano de la esquiva viuda de Villacañas, y la llevaría consigo á habitar, alegrar y embellecer aquella suntuosa morada. En todo lo que no había más quiebra sino que el cántaro se rompiese contra el corazón de risco de aquella huraña señora, y no la pudiera llevar consigo al palacio aquel, y le resultara éste así sombrío y odioso, y todas las fincas de pan llevar muy buenas sólo para la labor y las rentas, y el dinero útil para dar satisfacciones á la ruín materia; pero no á los anhelos de su alma.

La ausencia de D. Quijote alarmó al flamante millonario, y echóse á buscarle por toda la ciudad; pero, como el que busca su mal halla, tropezó con una noticia que él ignoraba, respecto á la herencia que se le había adjudicado, y consistía en que uno de los aspirantes á ese caudal, desfavorecido por el fallo, era precisamente la viuda de Villacañas; que acaso al saber que se desestimaba su pretensión, por causa del Poetilla, le cerraría más las puertas de su querer, abriéndole las de su rencor.

Con tal pesadumbre olvidóse el Poetilla de nuevo de D. Quijote, y se puso á escribir una sentida epístola á su dueña; pues, aunque él pensaba regresar á España enseguida, sabía que las malas noticias corren mucho y quería prevenir el ánimo de Luscinda, para cuando le llegara aquella mala nueva.

La carta era portadora de estas discretas razones:

«Señora mía del corazón: como la suerte nunca ha de ser colmada para mí, hoy que salgo de la pobreza por la herencia que se me adjudica de un pariente fallecido en Veracruz, viene á enturbiárseme la alegría, con saber que á la par os privo de esos bienes á que aspirábais.

»Si mi primera carta llegó á vuestras manos y os dignasteis pasar los bellos ojos por ella, veríais cómo todo sin vos me es indiferente en el mundo; y os digo en verdad que, más que indiferente, odiosa ha de serme esta fortuna de ahora, si por causa de ella puede nublarse un instante el cielo de vuestros deseos.

»Pobre era de riquezas, pero rico de esperanzas, cuando en vos pensando vagaba por los campos manchegos, ó sentábame sobre los peñascos con mis libros, dejando discurrir vuestros rebaños, que por ser vuestros me eran queridos.

»Si ahora he de quedar pobre de esperanzas, por ser rico de riquezas, malhaya la herencia que pretendí, y pronto estoy á abandonarla para volverme á mi oficio de pastor, y poder, señora mía, apacentar vuestras ovejas como antes, pensando en vos y escribiéndoos versos á mis solas.

»Pídoos, Señora, que al menos sólo sienta los rigores de vuestro desvío de entonces, mas no agravados por mi involuntario agravio de ahora; y la que dispone de mi alma entera, disponga á su talante de esa herencia y de mi suerte

futura; que todo lo rindo amante y fervoroso á sus pies.»

Cerró el Poetilla la carta, mandándola al buzón de la casa postal, y quedóse melancólico y ensimismado, leyendo y releyendo el borrador; pesaroso de no haber acertado á verter en aquellas líneas todo el raudal de su devoción y de su tristeza.

Sacó un retrato de Luscinda, que había hurtado una vez que estuvo en su casa, pues en estas bagatelas se hace para los amantes una excepción en el séptimo mandamiento, y se puso á considerar aquel rostro agraciado, aquel busto gentil y aquellos vivos ojos negros, que parecían mirarle semi-burlones. Como nadie le veía, besó mil veces la efigie y se la apretó contra el corazón, y luego la puso en su mesa sobre la escribanía, de modo que estuviese en pie, y se hizo traer hermosas flores, rodeándola como en un altar.

En esta contemplación hallábase, cuando Don Quijote, de regreso de su viaje, entró en el cuarto del enamorado pastor, y sacándole de sus abstracciones, le dijo que ya podían partir hacia España, pues dejaba concluídas y finiquitadas sus empresas, y que el Príncipe también se volvía con ellos, porque le habían salido mal las suyas.

¡Ay, Señor! exclamó el Poetilla; ¡cómo quisiera yo que al Príncipe le hubieran salido bien, aunque á mí me hubiesen resultado rematadamente mal! Y le contó el suceso, que interesó grandemente al caballero, por ver cómo la fortuna se complace en burlarse de los míseros mortales, no haciéndoles beneficio cumplido, sino siempre con mezcla de sinsabores.

No te apures, dijo D. Quijote, pues quién sabe si eso que miras como causa de animadversión de la Emperatriz de Villacañas, no será sino motivo para inclinarla á tu persona. Porque, antes ella era una Reina que tenía grandezas y esperaba otras mayores con esa herencia cuantiosísima, y tú un pobre pastor, aunque armado caballero, sin blanca; mientras hoy ella es una Reina cuya hacienda debe estar empeñada como suele acontecer á muchas, y tú un caballero opulento, y ya no hay tanta distancia para que podais hacer buenas migas.

Vámonos, pues, á nuestra tierra, tú cargado de millones y yo de laureles, y descansemos algo de nuestras correrías; que ya siento que los huesos me piden algún reposo.

Accedió el Poetilla á salir en el primer trasatlántico, aun yendo el Príncipe, pero rogando á D. Quijote que no le descubriera ni le señalara como el ganancioso de aquella pingüe fortuna; y allá quedó Veracruz con su castillo de Ulúa, mientras el barco magestuoso salía á las rizadas olas del golfo mejicano, llevando otro mundo de viajeros sobre el puente, que suspiraban ó se despedían con ojos lacrimosos de aquella encantada tierra.

¿Pues no parece que había echado yo raíces en el Nuevo Mundo? dijo D. Quijote á su opulentísimo escudero. ¿Qué sensación es esta de vacío que me embarga? ¡Ayer pena, por abandonar la madre patria y Dulcinea; pena hoy también por dejar este suelo al que nada me liga!

Será, dijo el Poetilla, que tendremos los hombres algo de plantas ó arbustos, pues á mí me sucede lo mismo. ¿Quién sabe sí, como leí en cierto libro, traeremos nuestro origen del reino vejetal, y habremos llegado á hombres por transformaciones innúmeras, y á la vez que conservamos algunos instintos de las fieras, por cuyas formas ha pasado la humana progenie, guardaremos también condición de plantas parasitarias?

Todo puede ser, respondió D. Quijote: porque hombres y mujeres suelen tener parecidos con árboles y flores. Así una que es alegre y espléndida, semeja al naranjo con sus redondas pomas; otra blanca y delicada es como la flor del celindo; este robusto se parece al ròble; aquel raquítico y rastrero á la cucurbitácea y cuenta que de estos son los más.

Y yo, exclamó el Poetilla, me parezco al sauce; que cuanto más riqueza de agua tiene y goza para alzarse risueño y feliz, más deja caer sus ramas tristes á la tierra, para besar enamorado el ampo de la luna.

¿Nos seguirán las sirenas? preguntó D. Quijote, variando de conversación.

No lo creo, respondió el Poetilla; pues la principal que se nos entró en el buque á la venida, trocada en Desdémona, quedóse allí en Veracruz, en una compañía de ópera de que forma parte. Esta noche representaban Aida, y me alegro de que no la haya Usía visto: porque no hubiera consentido que muriese enterrada viva.

¡Pobre mujer, exclamó D. Quijote, qué triste sino el suyo! ¡La liberté de ser extrangulada y ahora la entierran viva, por lo que te oigo!

¡Ah, Señor, respondió el Poetilla, dejando dibujar una sonrisa; ayer como Desdémona la extrangulaban, hoy como Aida la emparedan, mañana como Lucrecia la envenenarán, y pasado como Traviata morirá tísica!

D. Quijote se quedó pasmado de que una sola mujer sufriera sucesivamente tan diversos géneros de muertes, no acabando del todo sino por la tisis galopante.

¿Sabes que te digo? exclamó como síntesis de sus reflexiones: que de todo puedo yo salvarla, á fuer de caballero andante: del veneno, acudiendo y rematando al que se lo prepare; del emparedamiento, derribando los muros que la aprisionen, y de la extrangulación, arrancándola de manos de su verdugo; pero de la tisis galopante nó, que eso cae fuera de los dominios de mi profesión y aun de físicos y doctores.

No tal, dijo el Poetilla, que hoy hay unos nuevos duendes, que también vencen á ese sutil enemigo de la tuberculosis y á otros semejantes que se nos entran en el cuerpo y nos traen la muerte tan callando, como decía Jorge Manrique. Porque ha de saber Usía que el hombre, después de haber sojuzgado tantos mónstruos, hadas y genios visibles é invisibles, como son el vapor, la electricidad, el éter y en general las fuerzas universales, incluso la del sol, que ya parece vá á condensarse y mover máquinas y aparatos, ha descendido también al mundo de lo pequeño, y allí ha sorprendido la lucha de unos geniecillos contra otros, y ha procurado introducir por fáciles inoculaciones en el organismo humano, aquellos geniecillos antitéticos á los que se nos entran para matarnos; de modo que ha llegado á poder destruirlos dentro de sí, por la acción antitética de los otros, salvando á la humanidad del garrotillo, de la viruela, de esa tuberculosis que creíase fuera de todo poder, y hasta de la rabia que era antes incurable y terrible; triunfo hermoso de esos caballeros andantes del laboratorio y de la ciencia, más esforzados que Hércules, que sólo pudo luchar con tifones y mónstruos visibles, y no con los infinitamente pequeños y traidores.

¿Cómo sabes todo eso? preguntó D. Quijote. Ese sí que es el mayor cuento de hadas que he oído en mi vida, y si tú hubieses sido Scherarzada y yo el Sultán, no hubiera perdonado á Dinarzada ya por lo desatinado de tu invención.

Cuento parece y no lo es, dijo el Poetilla, y he de decir á Usía, que yo lo he leído con mis propios ojos; pues, no sólo me dediqué á devorar libros de versos y de historia, sino también de otras ciencias y artes; que todos me los prestaba el médico de mi pueblo, y en años enteros de guardar rebaños me he sorbido sus lecturas á la sombra de las peñas, que han sido mis asilos, bajo la bóveda azul del cielo, que ha sido mi maestro, y ante la libre Naturaleza, que fué mi Universidad.

Pues si no es cuento, dijo D. Quijote, declaro que es la mayor hazaña llevada á cabo en todos los siglos, y de buena gana estrecharía la mano de esos caballeros andantes, que por diversos lados la acometieron.

Aquí hay uno, dijo el Príncipe que estaba cerca y había oído la conversación; y presentó á D. Quijote cierto médico y bacteriólogo famoso, que con él iba bajo la toldilla en que se hallaban, y que era un anciano venerable de larga y blanquísima barba.

Saludóle el Doctor, y como D. Quijote le refiriese lo que él creía cuento del Poetilla, aquél se lo ratificó diciéndole que esos duendecillos invisibles pululaban por todas partes; pero que el microscopio los hacía visibles y clasificables, y el cultivo los mantenía en el laboratorio, atenuando su virulencia, y en suma, todo consistía en conocer al enemigo y buscarle su rival

que lo destruyese, explicándole de un modo accesible á su inteligencia las toxinas y antitoxinas.

Hay entre nosotros, dijo el bacteriólogo que ya sabía algo de las imaginaciones caballerescas de su interlocutor, una doncella andante más esforzada que Bradamanta, más hermosa que Marfisa y más andariega que Angélica. Ella sube á los astros y los mide y pesa con exactitud; nos da en el espectro de su luz la enumeración de sus componentes; nos saca la fotografía de los planetas y nos traza sus órbitas y sus movimientos; ella baja á las profundidades del mar y nos trae sus medidas, punto por punto, y la descripción de sus mundos, de sus abismos y de sus madréporas; ella recorre la tierra entera y nos forma el catastro de sus floras y fáunas; ella sojuzga las fuerzas físicas del globo y las pone obedientes á nuestro servicio; ella en fin vence á los enemigos visibles é invisibles del hombre, y hasta levanta la punta del velo que encubre el arcano de su pensamiento y de sus destinos.

Señor mío, dijo D. Quijote con ingenuidad; sed portador de mi homenaje de admiración para esa doncella andante, y decidme siquiera su nombre, por si alguna vez me la tropiezo, poder conocerla y respetarla.

Se llama, respondió su interlocutor, la Ciencia, y es la Minerva antigua despojada de su inútil casco de guerrera, y de su lanza inservible para esas batallas: armada del telescopio, del microscopio, de la dinamo y del escalpelo.

Calló D. Quijote pensando que acaso esa poderosa Minerva sería la que había tendido aquellos puentes admirables que vió en la Pensylvania, la que había alzado aquellas torres de Babel que se llamaban casas en Nueva Yorck, y hecho correr los hipógrifos de vapor por cima de sus calles y edificos, ó por bajo de éstos, y movido aquel aparato maravilloso que ensayaba Marconi, para hablar con buques que navegasen lejanos y con playas remotas, sin necesidad de alambres trasmisores, y entonces sintió pena de que Dulcinea hubiera quedado muy atrasada en todo esto por causa de su guerra con

la Patagonia, que sin duda no le había dejado tiempo de estudiar estas nuevas nigromancias.

¡Cuán irresistible hubiera sido su poder, de haber llegado á reunir, á su hermosura y corazón valeroso, aquel tesoro de sabiduría, que sojuzgaba á toda clase de mónstruos invisibles! Pero, desgraciadamente, no se había curado de ello, ni aun del buen régimen de sus Estados, y en vez de nobles caballeros andantes, instruídos de esas maravillosas ciencias ocultas, sólo habían salido en sus Reinos, como mala yerba, ignorantes y ambiciosos Panzas, ó ladinos y aprovechados Bartolas.

Estas reflexiones amargaban las victorias del caballero y la alegría de las reconquistas llevadas por él á cabo de tantos territorios, para recomponer la imperial corona ibérica: pues ¿de qué servirían, si luego no eran mantenidas por la virtud de aquella Minerva novísima, huida de nuestro suelo, y habituada ya á vivir y prestar sus beneficios á otros pueblos menos valerosos, pero más sabios, trabajadores y hábiles?

Durante todo el viaje fué pensando cómo atraería á esa semidiosa á los alcáceres de su patria; cómo la sentaría en sus cátedras y la llevaría á sus campos y á sus talleres, para infundirles el mágico soplo regenerador. Pero esa no era hazaña suya: para ello sentíase sin fuerzas y sin elementos. Se lo recomendaría á su hijo: al Príncipe aquel que había de nacer de Dulcinea: al prometido de la Princesa Beatriz.

Yo soy ya viejo, pensaba, para ese nuevo orden de empresas. Acostumbrado á los combates y á las aventuras, me abruman los libros y los estudios. Sólo el hojear aquellos tomos de Historia, me produjo vértigos. Después de la batalla de los Cuervos, no sentí el cansancio que me dejó aquel discurso de Veracruz. Volvamos á la patria manchega, con los laureles guerreros, y dejemos algo que realizar á nuestra gloriosa descendencia; no queriendo yo hacérselo todo.

De esta opinión fué también el Poetilla, á quien la comunicó D. Quijote, y que deseaba apartar al buen caballero de nuevas fatigas, viéndole muy demacrado y macilento. Y así lle-

garon á Cádiz, donde al ver D. Quijote una división de la armada inglesa, con aquellos barcos de formidables cañones y torres blindadas, que parecían castillos de acero flotantes, preguntó si no había hojas de higuera por allí, pare echarlas al mar y hacer que se convirtiesen en acorazados españoles, como en urcas y bajeles las hojas de palmera y oliva del guerrero Astolfo.

En Cádiz no hay higueras, dijo el Príncipe; ni siquiera palmeras ni olivos. Y D. Quijote lo lamentó mucho, por perderse aquella ocasión de haber opuesto una nueva Armada Invencible, á aquella británica que orgullosa se balanceaba en los mares.

Apenas había pisado Cádiz, D. Quijote halló-se manos á boca con el Nigromante. En su excursión de recreo con Dulcinea, había llegado á la ciudad de las murallas blancas, como la llamó Byron, y allí vivía hacía meses. Grande fué su contrariedad al ver al caballero, que no parecía ser sino su sombra; peró disimuló como antes, y le saludó fingiendo contento y satisfacción.

Todo lo hice, como Dulcinea me lo pidió, dijo el de la Triste figura: la soldadura de Portugal con España, la reconquista de Gibraltar y la unión de los pueblos ibero-americanos con la Península. Vencí además al coloso yanckée, y recuperé Cuba, Puerto Rico y Filipinas. España vuelve á ser grande como era cuando caí en mi sueño letárgico, y el sol que no se ponía en sus dominios, saliendo ahora por el extremo Oriente ilumina sus tierras de la Oceanía, estando suspenso en el cénit su Imperio Ibérico, y poniéndose por Ocaso sus inmensas colonias de América. Pero necesito de vos un nuevo prodigio: haced venir á Dulcinea, para que pueda darle cuenta de estos triunfos y concertar ya con ella definitivamente mis bodas.

El Nigromante se lo prometió, y dijo que, como se hallaba ella de nuevo en la Patagonia recomponiendo sus ciudades y arreglando su gobierno, tardaría algunas horas en llegar: por lo que le señaló el hotel allí próximo en que él vivía, y le dijo que volviera á la tarde á aquel

palacio, donde llegaría ella á las cuatro en punto.

Holgóse mucho de ello D. Quijote, y el Nigromante le dejó, corriendo á noticiar á Dulcinea la nueva aparición del caballero, y el enjambre de sueños disparatados que traía como realidades.